

# De pueblo en pueblo



Durini, Ángeles

De pueblo en pueblo. - 1a ed. - Buenos Aires :  
Amauta Argentina, 2011. 72 p. ; 20x14 cm.

**ISBN 978-987-26232-4-1**

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Título  
CDD A863 928 2

Amauta Argentina S.R.L.  
Roosevelt 4550, Buenos Aires  
[www.e-amauta.com.ar](http://www.e-amauta.com.ar)  
[contacto@e-amauta.com.ar](mailto:contacto@e-amauta.com.ar)

Ilustraciones: Marcelo Santorelli  
Diseño de colección: Carlos Schlaen  
Edición gráfica: Ediciones Amauta

©Amauta Argentina S.R.L., 2011

Hecho el depósito que establece la Ley 11.723  
Impreso en Argentina / Printed in Argentina

Ángeles Durini

# De pueblo en pueblo

*Ilustraciones de Marcelo Santorelli*





*A las sorochas*

*Marina, Rosario y Rosi, la sorochita,  
por aquel día entre las montañas.*

*Y por ese otro, debajo de la tierra.*

*A mis compañeras de Periplos,  
primeras lectoras de algunos de estos cuentos  
y a las pequeñas grandes lectoras*

*Malena Fan, Sol Labriola, Pili Caivano y Lucía Fynr.*



## Del otro lado

Lorenzo Horizonte vivía en un pueblo que quedaba por ahí, de este lado del horizonte. Un día, Lorenzo dijo en su pueblo:

- Nos tenemos que mudar.
- ¿A dónde? –preguntaron todos.
- Del otro lado del horizonte.
- ¿Del otro lado del horizonte?
- ¿¿Del otro lado del horizonte??
- ¡¿Del otro lado del horizonte?!

La idea gustó y no tardaron mucho tiempo en tomar una decisión. Se mudarían, por qué no, del otro lado.

La mudanza comenzó por los árboles. Los hombres cortaban las ramas y las mujeres los embalaban ordenadamente, para no equivocarse después, cuando reconstruyeran el pueblo.

Cuando terminaron con los árboles, siguieron por las casas y las veredas, las macetas, las flores y los balcones. Guardaban pedacitos de ladrillo en cajas, cada uno con su pintura correspondiente, cualquier trozo de

baldosa, las piedras de la calle. Enrollaban los cordones de vereda, que luego fueron puestos en valijas; uno a uno los pétalos de las flores en cajitas de fósforos, las rejas de los balcones, colgadas de sogas, para cargarlas en los hombros durante el viaje.

Más tarde le tocó a la plaza, con todos los bancos y caminos. Desarmaron las rayuelas, apilaron los cartelitos de “no pise el césped” y las escobas de barrendero. Después descolgaron la campana del campanario, y al campanario le colocaron manijas de sogas para poder transportarlo entre los hombres más fuertes.

Al atardecer del último día, en el mismo lugar donde antes había estado la plaza, se reunió todo el pueblo. Debían guardar las palabras. Los artesanos llevaron canastas y las costureras, manteles. Cuando la campana ya embalada hizo dong ocho veces, cada uno acercó su boca a las canastas y dijo todas las palabras que conocía.

Terminaron en el momento en que la campana daba doce dongos. Sin perder más tiempo, taparon las canastas con los manteles y comenzaron el viaje.

Los hombres más fuertes arrastraban el campanario por el campo.

Los casi tan fuertes llevaban rejas de balcón en sus espaldas.

Las mujeres empujaban las carretas con los árboles y las cajas llenas de ladrillos.

Los más viejos, los pétalos de flor y las macetas.

Cuatro de los viejos que todavía tenían fuerza cargaban la campana.

Los chicos, las canastas tapadas con manteles, repletas de palabras.

Caminaron muchísimo y pasaron varios días, hasta que una noche llegaron a una frontera.

–Documentos –dijo el hombre que cuidaba la frontera.

La gente del pueblo de Lorenzo no usaba documentos porque todos se conocían y se sabían los nombres. Cuando quisieron explicarle la situación al hombre de la frontera, no pudieron, las palabras estaban en las canastas.

–¡Documentos! –volvió a insistir el hombre.

Entonces un chico abrió su canasta y le pasó algunas palabras a Lorenzo.

Lorenzo se las tragó sin pensarlo mucho y dijo:

–Oscura luna no.

–¿Qué? –preguntó el hombre de la frontera.

Rápidamente, el chico le pasó otras palabras.

–Casa la ventana salgo.

–¿Cómo? –volvió a preguntar el hombre, ya poniéndose bastante nervioso–. Me muestran sus documentos o no pueden pasar.

La gente quería pasar. Ahí nomás empezaron a revolver las canastas y a tragar palabras.

–¡Esto no puede ser! –decía uno.

–¿Por qué no podemos pasar? ¡Qué barbaridad! –decía otro.

Lorenzo, que también se había tragado unas cuantas palabras, trató de conversar con el hombre que cuidaba la frontera.

–Soy Lorenzo Horizonte, ¿y usted?

–Yo pregunto los nombres, no usted –contestó el hombre.

A esta altura, los chicos estaban revolviendo en los estuches donde habían guardado la música, y se pusieron a cantar. Las canciones olían a masa de torta que se está mezclando y el hombre de la frontera se ablandó un poco.

–Me llamo Mario Frontera –le dijo a Lorenzo–. ¿Y se puede saber a dónde van?

–Del otro lado del horizonte –le contó Lorenzo.

–¿Del otro lado?, qué extraño. Pero si ustedes quieren...

A los cuatro viejos de la campana se les ocurrió desembalarla y comenzarla a tocar. La campana también cantaba canciones con su dong. Las mujeres siguieron el ritmo moviendo las cajas de ladrillos, y dos hombres que llevaban rejas de balcón a sus espaldas las hacían chocar levemente, y en cada choque las rejas hacían ding.

Así, el pueblo se pasó toda la noche en la frontera cantando. Mario Frontera escuchaba y conversaba con Lorenzo, hasta que en un momento, casi sin darse cuenta, se puso a cantar. Al rato, la gente del pueblo formó una ronda a su alrededor y lo convencieron para que bailara. Y Mario bailó.

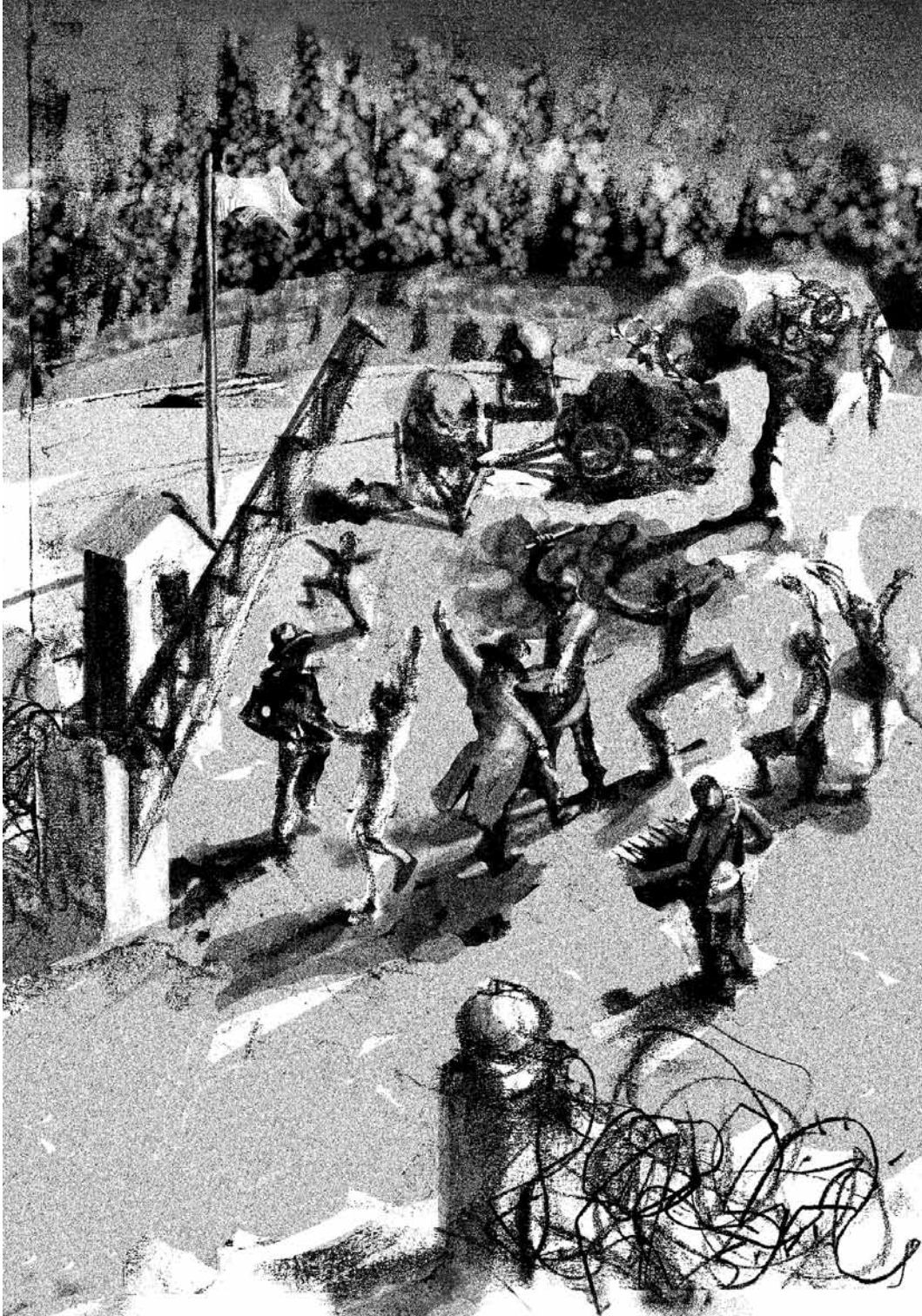
Al final de la fiesta, porque se había armado una fiesta, empezó a salir el sol.

–Chau Mario.

–Chau Mario.

–Chau Mario –decían los del pueblo, mientras cargaban sus cosas e iban pasando la frontera.

–Vení a visitarnos cuando puedas. Nos vas a encontrar del otro lado del horizonte –le dijo Lorenzo.



Y todo el pueblo se fue sin que Mario pidiera ni una vez los documentos. Para qué. Si ahora sabía los nombres de todos y los había saludado a uno por uno.

Después de algunas semanas, Mario miró el horizonte desde su frontera. Le pareció ver casas minúsculas y manchitas con forma de árbol.

No tardó mucho tiempo en tomar la decisión. Desarmó la frontera. Pero no se la llevó, la dejó chata contra el campo. Quería llegar lo más rápido posible al pueblo de Lorenzo, del otro lado del horizonte.

Y en cuanto llegara al pueblo, se iba a cambiar el nombre. En vez de Mario Frontera quería llamarse Mario Mundentero, porque Mario Mundo Entero le pareció un poco largo.

## Mucho más lejos

Olidoro vivía en el castillo.

Debajo del dedal del costurero del castillo de Olidoro, vivía Aurora. Tan pequeña como la yema de un dedo.

Un tiempo atrás, en esas habitaciones había dormido mucha gente, pero poco a poco, de a uno o de a varios, se habían ido a la guerra. La última que quedaba era la costurera que, mientras reforzaba los botones y repasaba los dobladillos a la ropa de Olidoro, le dijo:

–Tengo que buscar a mi marido en la guerra, quizá necesite alguna puntada.

Cuando ya casi terminaba con uno de los botones de la chaqueta de Olidoro, se pinchó un dedo y salió una gota de sangre.

–Esto me pasa por no usar dedal –y la costurera buscó el dedal y se lo puso para terminar la tarea. Luego se sacó el dedal, guardó los hilos y la aguja en el costurero y fue a preparar las valijas. La gota de sangre quedó en el fondo del dedal.